



Ritos

VLADIAL  
ECITORS

*A mis abuelos dedico este libro*

# Ritos

D.R. © Scott Neri, 1997, 2007

Segunda Edición 2012

VLABIAL  
EDITORIAL

[Aquí van los datos  
de la editorial  
Guadalajara, Jal.](#)

Diseño editorial:  
LAV Fahara Algaba

Impresión:  
[Aquí van los datos  
de la imprenta  
Guadalajara, Jal.](#)

ISBN 000000000

Se prohíbe la reproducción, el registro o la transmisión parcial o total de esta obra por cualquier sistema de recuperación de información, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico por fotocopia o cualquier otro, existente o por existir, sin el permiso por escrito del titular de los derechos correspondientes.

IMPRESO Y HECHO EN MÉXICO / *PRINTED AND MADE IN MEXICO*

LA ESCRITURA COMO NECESIDAD • Rafael Medina 9

## RITOS

SANGRE DE RANA	15
DANZA AL SON DE UN MATADOR	21
FLORES PARA DON QUIMERA	29
FUEGO SE AROMA	41
MÍA	45
ÁNGEL DIVA	57
SONIDO DE RELOJ	71

## LA ESCRITURA COMO NECESIDAD

Rafael Medina

¿Para qué seguir escribiendo? Podría preguntar cualquiera. Como si el que escribe por necesidad intrínseca necesitara de argumentos, de razones, de opiniones. El escritor por obligación interna lo hará ante cualquier circunstancia y situación. Necesita hacerlo, desahogarse, deshacerse y hacerse a través de la creación escrita. De su creación escrita. Escritores siempre han existido demasiados. Historias nunca las suficientes. Las historias le dan coherencia al mundo. Todos las que se han contado hasta ahora, las que escuchamos, las que vivimos, las que se escriben en este mismo momento. Sin ellas estaríamos perdidos. Son el armazón de la realidad, aunque, paradójicamente, gran parte provengan de la irrealidad, de la fantasía, del miedo mismo. Por eso es necesario que se escriba, todos los días, siempre. Los escritores, siempre en exceso, también paradoja, nunca sobran.

Scott Neri es un autor atípico por muchas circunstancias. Una de ellas es su papel como escritor. De formación plástica, ha incursionado en la pintura, la fotografía, la ilustración, la música y la literatura. Inquieto, ¿necesitado? de expresión busca todas las maneras posibles de formular su mundo interno. Y *Ritos*, este libro de relatos, es una de sus cartografías más elocuentes. Editado por vez primera hace más de diez años, sigue más que vivo apareciendo con

regularidad, insistencia y vigor. ¿Por qué? Algo hay en estas siete historias que siguen estableciendo un diálogo activo con sus lectores, viejos y nuevos. De todos aquellos que se atreven a asomarse a este espíritu hambriento de locución, de comunicación a través del color, la composición, la sombra. Y en este caso, también de la palabra. Un artista plástico que recurre cuando es necesario a la contundencia de la palabra, o el fabulador incómodo que apela al material que tenga a la mano en el momento que su necesidad le imponga. ¿Ambas opciones? ¿Ninguna de las dos?

De lo que tenemos más certeza es que encontramos en el libro de Neri una serie de historias más deudoras de la imagen que de la palabra misma. El cine, la televisión y el cómic corren con vigor por las venas de los siete cuentos que integran *Ritos*. Paralelamente a la literatura misma, el horror, el erotismo y la violencia van configurando “Sangre de rana”, “Danza al son del matador”, “Flores para Don Quimera”, “Fuego de aroma”, “Mía”, “Ángel diva” y “Sonido del reloj”. Más allá de lógicas y congruencias, sus historias se adaptan primariamente a sus propias necesidades estéticas. Son, antes que nada, imágenes pertinentes que inquietan y abruman al autor que a su vez las exorciza a través de sus asesinos, alquimistas, vampiros, brujas y amantes extremos. Imágenes inquietantes que son convertidas con exaltación en historias que han encontrado interlocutores entusiastas por más de diez años. Y eso no es menor. Tal vez el resultado de un ánimo más que genuino, una voz que necesita ser escuchada y que logra ser escuchada. Simple pero contundente.

Scott Neri necesita escribir para mostrarnos sus imágenes, las historias de su mundo. Y lo seguirá haciendo

porque necesita hacerlo. Recurre a las palabras como puede recurrir al color de un pincel o al disparo de una cámara fotográfica. La sangre que brota, un orgasmo, el terror o la intensidad del que asesina sin razones necesarias, terminan por ser historias-imágenes, imágenes-historias, como usted prefiera nombrarlas después de leerlas. Y sentirá que ninguna estará de más. Los escritores tal vez siempre hay demasiados, los relatos que van construyendo nuestra existencia siempre son insuficientes. Por eso se agradece el entusiasmo de alguien, que más allá de argumentos, razones y opiniones, seguirá aportando historias a este mundo tan fascinante como inescrutable.

Ritos

## SANGRE DE RANA

Zeta se colocó sus lentes de armadura negra con vidrios de grueso aumento; armonizaban con sus ojos saltones que leían una hoja de pacientes. Rasgó el papel y con un ademán de cansancio se talló los ojos por debajo de los lentes puestos. Se echó de espaldas sobre la silla, un rechinado de madera vieja brotó de las uniones. Cierta melancolía lo llenó por dentro al observar la lluvia a través de la ventana. Un pasado sin nada que recordar no era pasado, elucubraba lo acostumbrado y la costumbre; sólo él, sus libros de medicina, las paredes de roca y los muebles viejos. En los estantes habían recipientes con muestras en formol. El aire encerrado y la humedad de afuera lograban un ambiente insoportable en el cuarto. Tomó una caja de ébano negro y se dispuso a admirar su colección de estampillas; era un gran adorador de la recopilación de objetos. Había que llenar el enorme vacío con el sueño de la posesión.

Se encontraba con la misma noche que lo había acompañado por años, la luz del foco y la semipenumbra del desván, que revestían su estudio. Extrañaba el olor femenino. Algo le apretaba el corazón, sumiéndole el pecho en angustia; sus grandes ojos se llenaban de lágrimas, se hinchaban y parecía que se le fueran a salir por entre las dos bolsas

que formaban los párpados. Su piel era tan blanca que las venas le daban a ésta una tonalidad de moho verdoso. Los dedos de sus manos eran tan pequeños y redondos en las puntas, que contrastaban con su cuerpo grande y robusto. Las piernas largas, con las rodillas encontradas. Se tocaba su cara de niño, redonda como la máscara de un luchador, montada sobre ese cuerpo de un metro con noventa centímetros. Impresión irrisoria. Parecía una rana de laboratorio, estirada, dispuesta para ser disecada. ¿Amigos? Jamás había tenido tiempo...ni diversiones físicas.

Se levantó, había cesado de llover, sólo se escuchaban los chorros de agua cayendo desde las azoteas de los edificios. como cuando se escurren los líquidos de un cuerpo sobre otro líquido. Se acomodó la gabardina negra, se enredó la bufanda en la boca. Creó un nuevo ademán de abrigo. Al salir tomó el primer callejón solitario, para no recorrer la banqueta habitual. El frío se le pegaba con fuerza a la gabardina. Un frío que no cala, que revive, que saluda el rostro con leve caricia. Siempre con la mirada al suelo, no le gustaba ver gente por la calle, mucho menos que lo observaran; le daba terror ser visto; pues la gente se le quedaba viendo por varios segundos; aún no se acostumbraba a la mirada inquisitoria de los demás. Caminaba rápido. Rana asustadiza saltando los encharcados pozos.

Tomó el metro con dirección al centro de la ciudad, hacia la tienda filatélica. Enamorado de recopilación, sentía bastante bien. Moneda a la ranura; los entronques se repetían cada segundo dada la velocidad del cabuz rojo, la luz desaparecía en pedazos de negrura. Bajó del metro

con la misma cara de melancolía y la torpeza de siempre en todo su gordo cuerpo. El centro filatélico se encontraba cerrado; había pues, que volver. Encontró a su paso uno de esos cafés escondidos en la esquina de una calle angosta, se dirigió con paso lento, lo emocionó tanto la soledad que reinaba en aquel lugar, que lo demostró, quedándose.

Los cielos siguieron humedeciendo el ambiente con sus lágrimas acidas. Las ventanas se quejaban con la cristalina agua. Una mujer entró corriendo. De la barbilla le corrían las gotas y los pies hacían pequeños charcos en el piso. Extraña, rara, pieza, de trigueño, color. La chica se le acercó, preguntando por compañía, se aceptó la invitación, se aceptó el amor, tradujeron su infelicidad con la no soledad. Kokó acepta... Zeta acepta y los dos se casaron, cumpliendo un año de matrimonio.

Algunas veces el amor es tan básico, no por ser sostén de, si no por ser primario, se convierte en instinto, un animal de forma bella que se come a sí mismo por no encontrar otra forma tan bella como a él mismo... sin dejar huella o rastro se apresura a ser presa, por miedo a la soledad.

Kokó comienza a servir las viandas, Zeta se sienta a la mesa; ella se recarga a un lado de él al acomodar los platos; sus telas se hinchan por la piel aplastada sobre el final de la madera redonda donde se encuentran las viandas. Su columna vertebral en forma de ondas extremas, carnes, hinchadas, rebosantes, piezas, únicas, posiciones. Zeta se levanta y la toma de las caderas subiéndola a la mesa. Kokó lo mira como un pequeño conejo asustado con las manos en el pecho recogidas en puño. Zeta comienza a temblar

mientras la acomoda de espaldas y comienza a levantarle suavemente el vestido, recorriendo, redescubriendo, clasificando. Observa la piel morena que queda al descubierto, dispuesta, elucubrada, como los manjares. Abriéndole las piernas a la morena; hace a un lado la pequeña prenda blanca que cubre la deliciosa intimidad y Zeta acaricia con un dedo los labios, que comienzan a mojarse. Kokó se estremece, cierra los ojos, los vuelve a entreabrir. Observa, deleitada, la obscura y verde ensalada, que hay sobre la mesa. Zeta sala la navaja del filo, mientras se sacude en trémulas e intensas oleadas orales que le corren por las comisuras... de dos certeros tajos de arriba hacia abajo se cortaron los labios. Un trabado deseo de humillación se le repetía a Kokó en la cabeza, le incendiaba la tela y la hacía sentir amada, con un dolor que le llenaba las entrañas. El mismo deseo le resbalaba por las líneas redondas del cuerpo que le hacían sentir unos *descorches de la escaracha* acumulándose en sus carnes. Las lágrimas le salían acompañadas de fragmentos de canción, en retardadas de paz y miedo atroz; un miedo divino que agradecía conocer. No existían sentimientos recriminatorios, ni miradas duras, sólo una angustia en la cara.

Zeta corrió al estudio y tomó un recipiente de vidrio, un plumón, una banda adhesiva. Llenaba el recipiente con formol y marcaba en él unos garabatos. Sobre un estante, diseñado especialmente en forma femininamente humana, acomodó el quinto recipiente en la entrepierna del estante. La obra, la recopilación; el amor, el tema, el deseo, el lujurioso animal que se trepa por los sentimientos. En el baño Kokó limpiaba sus carnes, acariciaba las pasadas cinco heridas,

con puntadas de hilo en la piel y las observaba en el espejo grande empotrado entre los mosaicos. Pensaba en Zeta como su creador, se ligaban, las palabras, nacimiento, destrucción, extinción, sobrevivencia para el fuerte; en su cabeza se repetían las palabras. Acariciaba sus partes mutiladas y aún las no cortadas. Con el agua los dedos se le derretían como mantequilla en el fogón, caldera de diablo, olla de bruja... ciega, sin perdonar, sin lamentar, sólo... acariciando.

Zeta saca el bisturí, apunta a la parte central de uno de los pechos. Kokó, Bajando la cabeza, comienza a desabrochar la blusa hasta llegar al vientre, la abre y aún fajada la recorre hacia abajo encogiendo los hombros, sus manos quedan aprisionadas muy suavemente entre la tela de algodón. El café en la llama de la estufa, bulle, hierve, recalentando, el espacio que se llena de un olor amargo. La navaja cortó el sostén por la mitad y los pechos cayeron... duros. El tórax sudaba en el nacimiento de los diminutos y perceptibles vellos. El dedo tocó el pezón y se irguió al roce. Manipulándolo un poco hasta sentir que endurecía como fruto maduro, roció un spray aceitoso... ¡De un tajo cortó! la aureola quedó completamente ocasa. Sin prisas que mintieran al día, pues ya no quedaba sol.

Zeta deposita el pequeño botón sobre un plato con pan, y comenzó a coser la herida. Kokó observaba el pequeño pedazo de carne. Cuando terminó, Zeta huyó con su valiosa prenda que pernoctó en el silente mirar de su amada esposa, que quedó tendida en el piso de la cocina, mientras ella pensaba que eso era una muestra de amor y no preguntaba, sólo deseaba; no había lamentación romántica, era una

percepción del amor mismo en su más fino sentimiento. Extinción al final de las naturalezas distintas, muerte. Un réquiem inconcluso terminó, *botando el botón* reproductor al terminar la música, y todo el silencio quedaba en un halo de magia. La partía en pedazos el pensar qué sucedería; pero no preguntaba absolutamente nada. No deseaba dejar de disfrutar el ir, siendo cercenada, parte por parte; sección por... amor.

Zeta vaciaba el formol sobre el frasco, coleccionador incansable de amor simbiótico. Dieciocho frascos formaban la colección, pero necesitaba el tema completo que se llamaba... que por las noches le calentaba la cama, que por las noches le encontraba partes que aún no poseía. No era tener la posesión si no la colección; el sentido pierde sentido si no hay un esfuerzo. Si no hay amalgamación.

Lento el corte preciso, cada milímetro, de punzante navaja, metal que acaricia las carnes como labios de un delicado amante; se pronunciaban verbos de la locura, masturbándose en conciencias innatas, se hincaron las columnas y vertebrales se dijeron amor. Se dijeron amo y servidor, se leyeron las partes que no funcionan sin contraparte. Y el estante se llenó.

## DANZA AL SON DE UN MATADOR

Suenan metales, anunciando el cambio de tercio y la salida de los picadores de cada matador, corrida de tercia, juego de azar, puyazos, muerteamor, banderillazos, sólojuego, embestidas y humillación animal, faena y suertes, bravura, gente ávida de sangre y ahora, se abren los telones del escenario; él, ruedo.

Torea torero torea, nadie te enseñó a torear, sólo la mirada de lo que había a tu alrededor te alimentó. Agita tu capa airoso, quita el polvo levantado por las patas del animal, el amor a la muerte, el narcicismo de tu traje creado a cada grito, por el coro unísono de OleOle de cientos de gargantas.

¡La multitud!, un sólo fonético, el gran espacio entre toro y matador, los asesinos, y alrededor, los espectadores de esta contienda, las gradas, los aplausos, los asombros, desde uno...de los palcos, Manne, apretando aquella rosa entre sus manos, deja escapar una gota de sangre a cada faena, al apretar fuertemente el tallo entre su palma. Otra gota más clara cae de sus ojos cafés, por aquella flor que le diste Matador, antes de comenzar la corrida. Tus últimas palabras le retumban en su cabeza. Observando la cornamenta del toro, implora en voz baja, moviendo sus

carnosos labios, rogando que no cale la cornamenta en tus costillas Matador.

Ella frente al rodeo con el *blush* en sus mejillas, su pelo rubio recogido hacia arriba como un panal de abejas que brilla al sol, una sien adornada por una violeta y la otra, por seis pequeños lunares cafés en cascada hacia su boca rosa pálido, como si estuvieran encimados sobre una alfombra de piel blanca. Otra gran escultura con movimiento y léxico. En cada cerrar de párpados, la caída de la noche, tranquila y mágica, opuesto al baile al sol, del Matador.

En él, rodeo, restos de sangre evaporándose con el calor. En la arena, una banderilla y tú Matador te acercas a la bestia, lidiando, sin odio, sin lágrimas, sin valor, sin temor.

Sabes que para vencer al enemigo tienes que amarlo, conocer sus puntos débiles / el toro bufra frente a ti, esperando el momento oportuno, perfecto / Ole / todo, muchas veces es tan contradictorio, como / pasa, quiebra / corta el aire / el sonido del capote al pasar sobre el aire / acariciando la cornamenta / estruendo / el amor es como un sueño / Ole / que tarda en suceder, termina, te adormece y al otro día / Ole / sólo te queda recordarlo... / el enfrentamiento sucede / Ole / el caos comienza / Ole / otras dos gotas ruedan / te paras frente a Manne / saludando / tú te quitas el sombrero, das la vuelta y saludas a todo el público / Manne recuerda tus últimas palabras, pero piensa que tal vez es mejor desear algo que nunca haber deseado nada / sus pensamientos se rompen con el grito de la muchedumbre / Ole / volteas, Matador, esperas matar / sí, torea, torea todo aquello que te

enferma, *adicción a la explosión*, ya no puedes más, todo ha sido calculado, todo ha sido escrito y al fin lo comprendes, y buscas que los pensamientos se rompan con un grito / Ole / hombre, bestia, / Ole / ángeles, demonios, / Ole / la muerte, la mujer.

Los aires trazados de Manne, encuentran tus pensamientos “Si dejas caer esta flor, sabré que no me amas, si la sostienes sabré que me amas, pero entenderé... que no te puedo ver más”. Tus palabras y la flor contra el pecho de Manne.

Te sentías increíblemente inmortal, tal vez por que pensabas que ya no tenías corazón, que se te había caído en el escote de Manne cuando te inclinaste al besarla.

Cuando fuiste por ella al río, cuando no llegaba, y se hacía tarde. Pero esperar valía la pena. Ver el sol caer en su cuerpo desnudo, con el calor que era como delicia en su piel, y la transformaste, en ninfa de agua, en duende del que sí creé, más dueño será de hadas. Que podías tocar un ángel y saber que después de tocarlo, bajarías al erebo sangriento de tu destino anormal y mortal, la femeneidad de ella trazada en el espacio, aire de celos, su coquetería usada en cimientos de dulzura, inocencia y susurros de inquietud erótica. El agua sobre su piel engarzaba sus formas haciéndolas más humanas, sus pechos pequeños, sus rojos botones, su amarillo color, tu bestial tormento, la has amado toda tu vida, podía escuchar todo lo que pensaras. No basta un trueno para callar, las imágenes que te ciegan con su figura, boca de delgados y carnosos labios. ¿Qué profundidad te agobia, Matador? el talle que rodeas, te evoca

el averno abierto, y no rehusas al amor de tu corazón, hinchado por ella.

El toro queda bufando frente a ti Matador / vaho calcinante hediendo en los infiernos de la danza, y una vez más pasa a tu lado la sombra de la muerte / no la notaste, no la viste, sólo escuchaste soledad, harto de imágenes, saturado de temor / embiste una vez más la bestia / escondes espada y observas venir hacia ti la masa a gran velocidad...empujas y sueltas / Ole / el animal doblando las patas, cae al fin / Torero / público coreando al son del matador / Torero / otras dos gotas resbalan brillando al sol /sí... el amor no está solo, tiene sangre, y degusta y defeca / Tú, Matador volteas a ver ese pecho donde aún está la flor apretada por dos blancas manos, también observas a un lado de Manne a aquel otro contrincante, el que no te atreves a agredir, el esposo de ella, tu padre, tu revelación.

Sale otro toro de entre las sombras que abaten las tablas del primer círculo concéntrico, saludas volteando a ver a todo el público, te acabas de entregar al sol, te reúnes con el polvo, llevándote para siempre tu amor maldito, dejarás que ella pague la eclosión del acto impuro.

Haces una reverencia, Matador, tu traje brilla en ese pequeño desierto tuyo, hincas una sola rodilla, dejas en el suelo la espada, te paras, caminas despacio, erguido, subyugante, sin prisa, a ningún lado, a ninguna parte, sin ningún rumbo / el toro observa / agitas la capa / el toro corre hacia ti / escondes la capa en tu costado / cala tus costillas, penetra tus vísceras hasta desgarrar tu corazón. Dos gotas

junto con una flor caen, la bella mujer tapa sus ojos cafés con sus manos y dos pensamientos se cruzan en el aire, formando uno solo: “Una danza de muerte / es una danza de amor / la primera / la última”.

*A aquéllos que sólo sonreír me hacen...*

## FLORES PARA DON QUIMERA

Esa noche caminó como un loco poseído por algún karma extraño, rabiando desamor, pasmado por su conducta. Se vio dando vueltas al asunto, caminando sin rumbo en una danza ritual. La queda lluvia poco a poco iba llenando de peso su chamarra de cuero, su pantalón de rayón y la camisa estaban empapadas ya. Las botas que se meneaban entre las piedras. A su alrededor, los juegos mecánicos de las fiestas, cuando va la virgen de la devoción (de los demás) a las capillas; juegos maltratados, cacharros enmohecidos y torpes, que el paso del tiempo y el uso habían acabado; los cables de alta tensión por el suelo como grandes víboras enroscadas cerca del nido, se enredaban y perdían en las maquinarias. Se alcanzaban a ver las casas de campaña habitadas por los dueños. En su esplendor, un rayo iluminó la penumbra y de su nariz prominente resbaló una gota. Vio una cruz enclavada sobre un bloque de piedra en ruinas, observó una capilla y se dirigió hacia ella como si algo lo arrastrara, como si supiera que entre toda esa tiniebla y tempestad, ése fuera el único refugio para poder dar forma otra vez a su corazón hecho pedazos. Por las escalinatas corrió y se arrojó sobre el portón de madera de la capilla, que se abrió de par en par. Un rayo iluminó por un segundo el interior y pudo ver las esculturas empotradas en las

paredes, algunas velas se apagaron con el aire dentro de la pequeña capilla. Ahí, parado, se quedó inmóvil recibiendo el frío que cocía sus miembros; tal vez no era sólo eso lo que calaba sus extremidades, era la tragedia que lo reinaba, y le hacía infeliz. La entrada se enzarzaba con el agua de la lluvia y por un instante su ser quedó en reposo, no existía el tiempo, no pensaba en nada, no era nada. Se adentró y la figura empotrada de la cruz, arriba en el altar, pareció cobrar vida y le habló en trémulo susurro de amistad y sosiego. Cayó al piso frente al pequeño altar, pequeño, como su humanidad en aquel momento se sentía solo, ¿y qué más soledad que la que se lleva de amor? ¿y qué más parecido a un vampiro?. Cuando el amor cambia la sangre, la tristeza de no saber para qué se quiere la vida. Y aún si pudieras tener esa inmortalidad prometida. ¿para qué serviría realmente una vida? y ¿para qué serviría una muerte? Cayó de rodillas con los brazos sobre su regazo, escurriendo agua como un cubo de hielo al sol, deshaciéndose. Mantuvo la cabeza al frente esperando una respuesta... que no se respondió. Comenzó a sollozar y huyó de ahí mezclando la sal de sus lágrimas con el dulce ácido de las primeras lluvias de verano. Corrió como proscrito de la ley (como si hubiese ley en el amor). Volteando sobre su hombro constató si no era perseguido, pero... ¿por quién? ¿por qué? No lo sabía, sólo un miedo indescriptible inundaba su alma, tenía miedo, tenía miedo; tenía... Llegó a casa mojado y se echó en la cama. Ya no lloraba, la noche le había enseñado que después de experimentar el miedo más recóndito, el temor más grandioso jamás padecido, desaparecería. Se quedó dormido, con las botas enlodadas; ese lodo nauseabundo que había infectado su alma de antipatía y odio humano a

todo aquello que sabía que era lo único que podía hacerle daño, aquella absurda especie... las mujeres, como dijo Lord Byron. Las mujeres suelen transmutarse en juguetes o armas letales, son corazones de vinagre, corazones envueltos en indumentaria voluptuosa que con un ademán dan locura al más cuerdo, quitan vida al más vivo, o la dan si así lo desean. Con un guiño de ojo o un ademán de indiferencia pueden hacer pedazos a cualquiera. Tal es su poder.

Despertó al otro día por la mañana con la cara reseca y pálida y en su boca, un sinsabor de vida que a veces se da por la mañana, con el pensamiento de morir por la noche en un acto de elocuencia. Se levantó como si nada de esto hubiera pasado, como si ni siquiera existiera él mismo. Había vuelto a nacer en otro tipo de vida, en otro tiempo y en otro espacio; había reencarnado en monstruo, pues su alma había crecido tan grandiosamente que difícilmente él mismo, Don Santiago Mendoza, sabía quién era.

Atrás de la casa quedaban los restos de lo que había sido un gran jardín en la época colonial, abandonado ya hacía mucho tiempo, pero con mucha tierra fértil aún. Comenzó entonces a dedicarle todo su tiempo, (un tiempo que ya no le pertenecía), ante el asombro de su familia que lo hallaban a él irreconocible. ¿Familia? ¿Eso era su familia? Sí... aquellas pequeñas inmundicias insignificantes, perplejos seres escépticos que se hacían llamar sus tíos, abuelos y sobrina. Repudiaba aquel entorno. Ahora odiaba cada objeto, sonido o sombra que no estuviera en su lugar. Iba olvidando el contacto humano mientras se sumía en un pesado y monótono aletargamiento. No comía más que pan blanco

y agua natural. Comenzaba a tener gustos propios en un mundo creado a su manera de vivir. Gustaba de caminar solo y sentarse en lugares amplios y vacíos mientras el aire agrietaba su piel y revolvía su pelo. No pensaba mucho y sin embargo soñaba y se refugiaba en los sueños más imbeciles. Reconstruyó el jardín, convirtiéndolo en el propio y único lugar donde se sentía a salvo, su cárcel, su refugio, su verdadero hogar. Los perfumes de todas aquellas flores y plantas, que ya se contaban por miles, daban color, los besos perdidos de olor, un laurel rodeado por enredaderas hasta por el suelo rozaban las húmedas y resquebrajadas baldosas de barro, y las pequeñas fosas que construía para plantar las nuevas flores que adornaban su espacio perdido. Pasaba la mayor parte del tiempo leyendo a Byron, a Baudelaire, a Rimbaud, a Wilde y a todo aquello que acariciara su mente, sumido en una consciente inconsciencia. Sentado en una silla se quedaba por horas viendo cada uno de los atardeceres, cada uno de los amaneceres, y sintiendo todas las lluvias. Se había convertido en una planta, efímero y envuelto en un mundo natural, gozando de los elementos, sin nada más. Vivía un tipo de vaciamiento lento de sangre, donde el cuerpo comenzaba a pernoctar con el alma, fundiéndose completamente. ¿No era acaso la vida en sí, nacer, crecer, reproducirse y morir? Recorrer un ciclo, nada por preguntar, por que preguntar rompería aquella monotonía tan frágil, la ley de la naturaleza, rala voz de la ventisca y la escarcha en invierno, el bello silencio y la música sin palabras, los sonidos y todo lo que toca, sin tocar. Él era el adorno perfecto, el ornamento deseado, rodeado de flores como sus únicos amores. Las alimentaba, las curaba y les cumplía todos los deseos que él pensaba... que ellas

necesitaban. En la vida y en el amor la regla es darte a cambio de una exclusividad. No bien recibía ese regalo, cuando sus flores daban botones en gráciles tallos y desbordaban maravillas día a día.

Una tarde de ésas cuando las nubes cubren el cielo y el sol se tapa en silenciosa demora, llegó la niña a quien jamás se le permitía la entrada a aquel mundo exclusivo, la sobrina pequeña de inocencia precoz. Pasaba junto a los narcisos cortando uno. Don Santiago Mendoza la vio con la flor en la mano e iracundo, con aquella palilla con la que hacía fosas para las flores, de un tajo cortó aquella grácil carita infantil. ¿Qué precosidad? le sonreía mientras enseñaba su flor. Aquella bola infantil de niña cayó entre su voz ahogada en sangre. De su garganta y su sonrisa de risas, emanaba aquello, manchando de sol acaecido las baldosas que se refrescaban en aquel líquido viscoso, para alimento de orugas y moscas.

La tía Carpia entraba apenas al jardín buscando a la niña. Madre de criaturas se abalanzó sobre el hombre de la pala, llevándose un hoyo escarbado en el vientre. De forma abrupta llega la muerte, porque en segundos se olvidó de su enojo y solo quedó abrazándose, aferrada de los brazos de su ejecutor, esponjándose la vida por su estómago, hasta caer y desmadejarse por el suelo como pasto fresco recién cortado. Una vez más las baldosas se pintaron de color bermellón y las flores saciaron su sed de color. ¡Qué gloriosa evocación de fiestas romanas y circos griegos! Sangre, sangre, funesta savia de vida que al salir menos vida das, y otros más vida obtienen.

Se echó la pala al hombro y caminó hacia la finca. Se había marcado el punto sin retorno, debía continuar, había que desaparecer todo rastro de su pasado (todo presente es pasado). Ya no era humano, era sólo un vestigio de lo que algún día caminó o habló por sentimientos, se había convertido en un vegetal. No podía preguntarse nada. Sólo percibía un instinto natural encauzado en una monotonía que le causaba placer. Sólo deseaba quitar los obstáculos; le hacía falta no tener nada flagelando su soledad. Nada que tuviera que ponerlo en contacto con la realidad. Todos sus movimientos eran aleatorios. Ya no había jaculatorias al cielo... Ni al suelo. Veía hacia adelante por que sólo los ancianos ven hacia atrás.

La abuela veía televisión en uno de los cuartos. No fue difícil ponerle una bolsa negra de poliuretano apretada con cinta engomada sobre la cabeza, con la que trató de respirar, hasta respirar por los oídos. Los ojos casi brotando de sus cuencas, la lengua probando ese sabor plástico, chorreando líquido viscoso por la nariz y oídos, y la cara abultada de sangre detenida mientras gemía en tono desgarrante en un *allegro vivace*. El abuelo tuvo la suerte de ser un poco ciego, pero no escapó a las tinieblas de la bolsa, cantando una mágica sonata en *adagio sostenuto*.

Faltaba aquel estúpido palurdo que se hacía llamar el hombre fuerte de la casa, aquél que tantas veces había remolido la espalda de Don Santiago Mendoza por no aprender a levantarse por las noches para ir al baño y que sin embargo, él sí podía vomitar al pie de su cama los domingos por la mañana. Aquellos domingos llegaron a su mente.

Cada vez se hacía más viejo, con cada recuerdo del pasado, con cada vida que cortaba. Su piel se marchitaba, líneas densas y profundas comenzaban a rayar los surcos en su cara. Los cabellos blancos le cubrían y se le desmembraban de la cabeza. Las cejas crecían griseando sobre unos ojos donde había más luz, más vida. Apretó la pala de cavar entre sus manos viejas y acercó una silla a la entrada de la puerta principal. Subió a ella y esperó. Alguien introdujo la llave en la perilla, qué comenzó a girar después de un clásico y pequeño forcejeo. Al entrar Don Aquilonio, el de las palizas, recibió desde lo alto un duro golpe que le partió la cabeza casi en dos. Al contacto con la pala, su cráneo crujió como una fresca manzana al morderse. Cayó de bruces sin acabar de pronunciar su saludo completo (si es que acaso se necesitaba un saludo sin contestación) Con una soga lo ató a los pies y lo arrastró hasta el jardín dejando un inconsciente río de elixir vital, sangre pura, sangre pura, pura sangre. Su cabeza botaba téticamente al bajar por los escalones de la entrada junto a unos caracoles que sacaban sus viscosas antenas, únicos testigos de aquella escena. Lo colgó del laurel y comenzó a balancearlo, y las flores se llenaban de viruela con aquella salpicadura de chispas de vida. Don Santiago Mendoza reía y volvía a reír cual niño creía que era. Las flores se alborotaban y recibían con furor su rojo ropaje. Don Mendoza veía su vida pasar con su nueva y manchada ropa; seguía riendo como cuando se mecía en el columpio en aquel mismo laurel, frondoso y rebosante, de hojas verdes, troncos fuertes y viejos. Tranquilo y con una inmensa alegría dibujada en el rostro, fue por un libro y se sentó silbando en medio de sus amores. Sí, amores, por que estaba enfermo de amor. Estaba enfermo...

Estaba ya el atardecer; rasgando el rojo de la piel, en el momento en que el sol se esconde en el horizonte, los grillos comienzan a cantar, los pájaros duermen y los insectos diurnos comienzan su labor de pernoctar.

Los mató a todos. A cada uno. Eran sus temores, sus horrores. En el patio de atrás se vio solo como actor tras bambalinas, como tramoyista al cierre de la obra, una obra ingeniosa y compleja, espontánea y amorosa. Arrastró los cuerpos al centro del patio y a cada uno le buscó un lugar especial. Ahora eran flores únicas, cortadas por él mismo. Había desafiado a la muerte y a la vida y ahora... tenía el fruto de su trabajo; bellas flores de vestigios humanos. Los enterró hasta la cabeza, uno por uno. Las masas sanguinolentas, cráneos con jirones de piel embadurnados de sangre púrpura y seca que armonizaban con el rojo de las rosas. Las lenguas de fuera en todas esas flores craneanas. Esas lenguas se confundían entre los cientos de violetas pequeñas al ras del suelo, entre el púrpura y el verde lirio. El olor de la albahaca y tierra mojada daban un tinte a la difunta mañana. Cementerio, juego de colores y olores de cripta fresca, el cemento húmedo de las nuevas fosas redondas donde se apilaban toda clase de plantas y flores e insectos en aquel jardín lapidario. Qué real se sentía la muerte. la muerte se sentía viva. Los ojos rebosaban de felicidad en aquella criatura libre de pecados, ¿o es acaso pecado amar? Sus horrores plantados y enterrados para que no se le olvidaran sus temores y su pasado; para seguir haciéndose viejo. Los pájaros en armonía cantaban desde lo alto del laurel; el réquiem de felicidad. Otros más cantaban para ellos; aunque al cantar se dispersaban sus notas con el viento

arriba en la copa del laurel. Volaban algunas hojas sin alas tener, y los cúmulos de zacate seco de días, se desplazaban haciendo manchones regados por las losetas de barro cocido color café. Alguna que otra llovizna de verano caía.

Él sembraba nuevas semillas y el viento llevaba polen entre los cráneos que poco a poco iban brillando a la luz de cada día. La cal perdía su efecto cada tres días y la criatura de Don Santiago ordenaba todo lo que no tuviera orden, haciendo nuevos plantamientos entre la tierra y los gusanos nacidos de la podredumbre. Don Mendoza se sentaba en medio de su fosa poblada nada más que por pasto y una silla, donde permanecía hasta que los grillos le anunciaban la hora de dormir. La muerte diluyó la bendición del sueño, se quedó en su silla, inerte como una bella y vieja flor, arrugado y marchito, en su pequeña fosa rodeada de ladrillo, bien plantado, observando hacia el sol con una mirada limpia, clarificante, tenue y seca, sin brillo. Las enredaderas comenzaron a cubrir su cuerpo casi por completo creando una flor más en el jardín de Don Quimera. Un reflejo más en el espejo, su propia imagen, su creación y viceversa.

*El pretexto no es el fuego...*

*...eres tú*

## FUEGO SE AROMA

La llama prende, como las llamas suelen prender; rápida y precisa la ignición; calor y combustión, pero más que nada la fascinación del fuego trémulo ululando como viento entre arboles, entre ramas, ondulando como vestido de olanes entre blancos y encajes que se disgustan con el aire. No más, no tanto; observamos los resultados del oxígeno, como de flamas las quemamos quebrando y ennegrecen con el tiempo lo que se está carbonizando; la mirada se inquieta y los ojos responden dilatando la pupila que guarda la carnea cornea, las aletas de la nariz se mueven como las branquias del pescado, que respira y degusta el agua sacando oxígeno, excitadas las células y las membranas que guardan los vasos, sanguíneos entre mucosidades cristalinas que suavizan los poros, el pelo se revuelve al igual que el mismo fuego revienta fricciones y chispas de rojos apretados, el giro de la observación se vuelve desintonización del mismo espacio, ruleta de estrellas en carrusel de noches iluminadas.

La lente pirométrica, es elevada a un cuerpo humano, femenino lo que logra la introspección. Papilia observa maravillada las acciones de Thermos. La toma del brazo y sobre el montículo que yace muerto sobre la tierra (donde reservaron de espectadores nocturnos) Thermos la toma de

la cintura delgada, con cierta livianidad que causa el cortejo. Empotraba unos gluteos anchos de armas sentaderas, los ojos de los dos se observaron como luciérnagas, que brillan por la cristalina y excitada pupila que mira nacimientos de veladas, bajaron la mirada, sólo un instante tocándose el alma, y se ensombrecieron los hombros con las barbillas redentoras y bailaron como rito en la mansión de la inocencia, donde poetas exigen las ofrendas que dispusieron a darse: el corazón y los sexos cortados, envainados donde les exigía la naturaleza, los primeros amasados, los segundos sudados. Se revolviéron en cicatrices de noche luna, aullada por tinieblas.

Como incienso atraído al gusto del respirar, la esencia se quemaba, atrayendo el efecto del arder, como arden las brasas: solas y sin comparación.

Por el día se acostaban, en el jardín de la escuela, solitarios los dos, con las gafas oscuras, que tapaban las sienes, los laterales de la mirada humana, espías en días de *pic-nic*, en tiempos de espera por la ordenanza, la perfecta noche para atacar. Las Iyca-Satranas violaban y revolvián las alas cerca de los ojos y sus cabellos, posaban a aspirar su corporal extrañez, de soledad, de conjunto en dos conciencias aisladas, reveladas en tercera dimensión.

La caja de cigarrillos recibe un golpe con el pulgar de Thermos en la esquina, saca de golpe tres cigarrillos por la parte abierta, Papilia toma uno, Thermos toma otro con la boca y saca el encendedor con una leyenda de día, asimila la flama el tabaco que prende, llena sus pulmones de ese

sabor nicotinado, que pertenece a perseguir los pensamientos mientras inhalas lo suficiente. Papilia toma un plástico del suelo, que lleva cerca de la flama del encendedor; Papilia viendo el pequeño plástico quemar, pregunta a Thermos cómo ardería el amor si el amor fuera incendiado, Thermos queda pensativo; encontrando en el laberinto subconsciente, las miles de respuestas que le venían en torbellinos hostiles, por las descargas eléctricas recibidas en todo su cuerpo, donde arpegios cremados sonaban su crepitar tañendo de cenizas las respuestas, de su misma brasa visceral, se versificaban en imágenes tramantes de verdad.

Vestían de glamorosa ropa de colores arrobados y fugaces en el centro, de la ciudad. De la escuela a la casa de Thermos; preferían tomar los callejones que existían entre casa y casa, se les conocía, con la única razón de ver dos entes alienados gozarse tanto con las miradas, con la compañía y las palabras, amantes de la escuela de Nerón, la orgía del cometa y de las manos como los niños pequeños con el primer amor, con las miradas consumidas y los vapores del alcohol subiéndoles al maquillaje.

Caminando y antes de trepar la cerca; Thermos saca de su bolsillo un paquete obscuro, pidiéndole a Papilia que cierre los ojos; en su dedo acomoda la plata circular que tapa la piel derretida en aromas, con grabados de un dragón; el anillo proviene de la isla de Ávalon, de algunos de los dedos rotos del mausoleo, que se saqueó en algún tiempo, sólo por amor.

Robados los puentes, los espías soñaban de mil arranques, como los robados ensayos del funesto teatro romano,

y en la tempestad los dos se nutrían como los halcones a sus crías, recalcando los premios al más tenaz y prendían fuego a lo más trivial, no era el fuego en sí, era la razón del existir en la misma mancha roja y de colores que se vaciaban como la impecable rueda de la fortuna, imantada a un sentir ya hecho ruido en el existir, en el beso, toque ególatra, por el que se deja llenar y como el fuego que no tiene aroma, necesita de quemar para consumir, para existir, necesita exterminar, discriminar, combustión para oler, y dejamos de existir, por amor, para crear un aroma, ahora el fuego existe devorándonos, para crear lo que oleremos iracundos de agobiante hilaridad.

Prendió el cigarro, el combustible estilaba y se engarzaba en todo su cuerpo, sacó el encendedor, y al rozar la piedra... frente a los ojos azorados de Papilia, la pira humana se prendió por sí sola contestando la pregunta.

Contestando a la razón que no tiene lógica, el amor se prendió, para los ojos de la amada, que observaba gosoza la crepitación y el olor del amado. Los colores se variaban en tonalidades azufrosas y el negro tomaba colores, como de tribu decapitando enemigos en noche de batalla, en noche toma mortal. Papilia observaba la tenebrosa pira, bajó sus manos hasta su entrepierna y tocando la brasa, le prendió por dentro, quemando las memorias. Papilia desgastaba aquéllas: las palabras, los olores, los sinsabores, las caricias, y repentinamente, el anillo gemelo se perdió entre el pasto, Mientras Thermos expiraba en incendiado amor robusto, como los niños recién nacidos cuando se les acaba de dar el pecho.

## MIA

El gorro cónico pintado de estrellas, asomaba al manto impotente de luces plateadas, la azotea con charcos de platino líquido, la brizna de la lluvia apagada, aún corrían por el espacio dando al suelo, tratando de trepar en la vertiginosa caída. La luz de la lámpara era rebotada hacia la chimenea de ladrillos negros. Mia sentada en la orilla aullándole a la luna, con los pies colgando al vacío, la mirada entre las sombras, la silueta delgada se movía al compás de la luz promiscua de la lámpara. Terminó su rito, bajó por las escaleras en caracol que le introducían de vuelta a su casa de dos niveles, arriba el *depto*, abajo el negocio. Un letrero colgaba en la puerta de cristal de la entrada: se hacen cambios de piel / Cambios alternos de naturaleza humana / Ráyese los surcos de la mano otra vez / Márquese rayas en el corazón.

El vapor salía por la puerta del baño, la poca luz realizaba la neblina caliente alrededor. La tina llena de agua y Mia despojándose de sus tatuajes de tela y ajuares de novia larva. Introducía su lánguido cuerpo en el líquido caliente, cogía de la pecera a su lado, a un pequeño caballo de mar y lo depositaba dentro de la tina, se recostaba hasta el fondo, su nariz sobresalía del borde, el animal marino movía sus

pequeñas aletas. Las piernas abiertas de Mia, descubriendo un montecito rosado que se abría como el coral rojo de los mares chinos, y un líquido ciego comenzaba a enturbiar el agua mientras el caballito besaba los lirios rubios y los rosados mantos. Las cortinas de plástico verde se salpicaban de agua, por los movimientos rápidos de las manos sueltas de Mia, formando desbordados tibios fuera de la tina hasta correr en el piso, encharcando el mosaico, puliendo los brillantes reflejos impotentes de luz.

Mia emerge de la tina, *toca el tocador de toques selectos* buscando la numeración sobre el *dial* redondo y marcador de *bits* estereofónicos, pide la cita, saboreando la gata la presa que tendrá, la puerta de cristal se estremece como elefante cargando troncos en la selva africana, y los mosquitos no sufren picaduras, sufren de falta de sangre, el violín toca su cuerda más aguda, la mano toca el insecto aplastándolo, removiéndole las visceras con las yemas, los aeróbicos catastróficos llevan a la cumbre los mortales saltos y la maleza se cansa de mover, se deja escurrir de brebajes, que alguien tomará en el viaje del ardor, al que haces adicción.

Las vírgenes que piden taxi de regreso a casa, sobre la avenida de luces neón y rotas lamaparas, la lengua pintada de blanco consumido del tibio clítoris, con los placeres que se confunden con las gatas en celo, estirándose, arremetiendo contra el suelo, el ronronear del cuerpo en eterno nacimiento y ella mujer y ella el espejo y ellas reflejo y los dos montes venusinos en conjunción. Las cortinas cuadriculadas a medio abrir, la luz sin invitación, sin tocar, llenando

la inspiración de delgado despertar, las lagañas esperando la luz del sol, la mañana obligatoria del cálido devenir. La fruta en el asador, salando jugos a dos mil setenta y ocho revoluciones; el acetato tocando *Black Sabbath*. Y el disco ¡a rayarse a polución! La papaya que tiene casa, con su ciclorama, una bola mágica de visión pixelada con antena de ratón, queda otra vez sola, después de pagar. Después de rozar la noche te acorta más.

Lupus meciendo la harina, una lágrima de vez en vez, ahora todo era suyo, el libro y la muerte de mamá. El reproche reprimido en los dos grandes ojos hirviendo con el chocolate en su punto. La gente entrando comprando, saliendo, pagando, con sonrisa y boca de agua espumosa como lavadora sin enjuagar. Lo que aquel libro daba. Los panes calientes y el chocolate tieso. La lengua quemada por la ansiedad.

Los tintes preparados sobre el lavabo del baño, Mia deshaciéndose las seis trenzas de pelo castaño claro. Termina como cirujano, en acomodar las frases en su lugar, saca el guardapelo nacar de la blusa, colgado a su cuello, extiende su palma, lo acomoda, abre de un movimiento, con la uña larga de su angular le da al fondo del corazón un pintado de especias de mar, por la nariz blanca y pequeña, casi ocultándose entre los pómulos, al abrir las aletas una esencia de café le da. Toma entonces el frasco... comienza a pintar, el cabello de azul con rayos de púrpura ultramar.

Enfrente del taller de rayado, Lupus meciendo la harina y la luz prendida en una ventana y Lupus con su madre

a punto de reventar. La madre con el gran libro debajo de la almohada y Lupus perdido en el llanto de la madre a medio morir; casi al final del mágico camino, haciéndole a su hijo jurar por él y la pastelería, los merengues y las jaleas de fresa. La lengua de fuera morada como uvas marchitas y los hongos de resequedad, blanquecina como los orgasmos de lamidas por dar. El gran libro escrito por una vida, herencia pasando de una mano a otra, de una mente prodigando a otra y las lágrimas hasta los pliegues de la sábana sin lavar. y Lupus meciendo la harina para poder hacer más... pan. La lágrima ya seca en el libro.

Los pies casi tocando su cabeza, los dedos pequeñitos y delgados, las uñas nacar, la piel rosa en el empeine, amarilla más allá. Mia meciendolos de un lado a otro por encima de su espalda y haciendo recortes de papel con las tijeras, papirofléxia de mariposas acomodadas alrededor del colchón y queriendo que con un chasquido comiencen a revolotear, sin obtener resultado. Cortaba cientos y jamás volaban, inmóviles en el suelo, ahí se quedaban, después sólo se dedicaba a pintarlas de colores brillantes. Se retiró cabizbaja a la cocina a recalentar los *pancakes*, y las mariposas... comenzaban a revolotear sobre el colchón como escarcha a la luz del rebosante sol, como las moscas ante un gran pastel a la intemperie, verano de calor.

Nada como que su corazón se incendiara, y el alma escapara por su boca, haciendo la magia, pero primero siendo aprendiz, aprendiendo a ser maga y mágica es la aprensión a la vida, se comienza y nunca se termina. Tomó la almohada, se puso las calcetas de bandas rojas y blancas de lana,

dulces entubados, prendió su bola mágica de pixeles... apta para la soledad. Y cargó con su almohada que llevaba a todas partes, a donde dormía, en cualquier parte, como loca sin dejar de dormir y recostar su cabeza en ella. Miles de secretos en el interior: El vestidito azul de bautismo, los interiores, con rastros de sangre, retazos de tela mal cortada del vestido de la madre muerta. Una pequeña bolsa de tierra, los olanes de niña, virginidad, sueños, sensaciones, cosas. Se dormía sola, arrullándose en ella, platicándole a ella como a su diario maldito y fetiche, la aprendiz de maga que guarda sus pociones ordenadamente en el costal, oliendo el perfume de su vida y deseando no desprenderse de ese olor, almohada gris y sobria, lavarla era recordar: la cortina de estrellas, la alucinación de la guillotina, la sirena que estudia como beber mar. Sobre el colchón el pelo tirado y revuelto, el corte en melena y seis largas trenzas saliendo debajo de ese pelo lacio, como medusa en el mar.

El día asomaba su rubia sonrisa. Tocaron a la puerta de cristal y Mia abriendo se topó con Lupus, se quedaron viendo, como si ya se esperaran desde hace tiempo. Lupus desdobló un papel y un dibujo en crayón morado se resolvió asimétricamente. Mia acomodó la silla y le desnudó la espalda, con el pecho contra la silla, lo arrodilló, tomó la máquina y acomodó la aguja, la hundió en un frasquito de tinta roja y acomodándola a un lado, subió en la grupa de Lupus que comenzó a tatuar con rojo infierno, copiando el dibujo pintado sobre el papel, donde era apenas un garabato. Las piernas desnudas de Mia rozaban las costillas de Lupus, el derriere se sudaba entre pieles, una sensualidad de terror humillante llenaba la atmósfera en el lugar, él

aguantaba, Mia se paró y sirvió un vaso con licor dándole en la boca, trepó de nuevo y continuó su tarea, Lupus sentía un calorillo en el cuerpo y en la garganta, gotas de sangre delgadas resbalaban por su espalda y costillas. Mia quedó prendada de tal sensibilidad al momento que dibujaba con sus manos aquella piel, jamás lo hubiera creído de un hombre, jamás había pasado con una mujer, el rayado de una piel, hasta el final de tus días, recordándote algo ya muy dentro de ti. La camisa se manchó por la espalda, se accedió al pastel por pago. Quedaron viéndose dos ojos que ya se habían marchado.

Mia abrió la puerta y con el pastel en la mano Lupus entro al *depto*. Dentro de la bolsa de papel con el logotipo de la pastelería en oro y vino. Mia se arrojó a Lupus llevándolo a la alfombra azul marino, él dejó deleitar su paladar por las formas robustas y punzantes del animal guardado y listo para comer saliva, la bolsa de papel rota por una de sus esquinas comenzó a desbordar mermelada como pasta dental al ser enrollada, los codos de Mia y los de él comenzaron a embadurnarse de merengue y piezas de chocolate que se fundían en la camisa de Lupus que ya había sido recorrida, la espalda reposteada, los pechos de ella con jalea de fresa y los besos con migajas de pan recién horneado. Una implosión le iba recorriendo a Mia en todo el cuerpo, desde el centro del vientre, pasando por su estómago, hasta fluir por sus pulmones, el orgasmo llegando como vuelos de insectos, como caballos asustados. Un hilo de sangre entre los muslos de Mia, sonrió, y un ruido sublime como de una estampida de elefantes escapándole por la garganta se escuchó, un fuego abrazador escapó de su boca, el

dragón oculto quemó la cara de su pastelero, el fuego mismo... paró el corazón de Mia, cayendo de bruces contra el pecho de Lupus, con la cara ya tatuada de cenizas negras, las cortinas a cuadros prendiendo, el tapiz y los cuerpos en la alfombra atendiendo, el crepitar de la madera ardiendo y afuera la gran llamarada haciéndose notar.

*A mi hermosa Demonio*

*Porque todo amor lo es,  
todo lo que sangra muere.*

*Aún siendo...*

## ANGEL DIVA

Escuchaba por debajo de las sábanas, el rasgar de la piel por el acero, lastimando las manos de Ange. Su mano izquierda apareció por el filo del colchón mostrándose sangrante, la derecha se adivinaba debajo aún por la mancha carmín que mojaba la sábana. Formando una cruz con el cuerpo y las manos semiextendidas, se movió lentamente hacia mí juntando las rodillas un poco, contra su vientre en posición fetal, volteó a verme, pasiva, sin prisa. En su cuerpo se formaba la crucifixión. Arremolinó la cabeza en la almohada y me sonrió; comenzaba a mojarse la cama. Al sentir el tibio fluido bajo las sábanas, acerqué mi cabeza para besarla en los labios, la besé. Acomodé la ballesta apuntando hacia mi corazón. Sobre el monstruo latente. Sobre él, que late.

Miré al techo azul y un olor a tabaco comenzó a inundar mis fosas nasales. Era aquel olor especial del tabaco mentolado, recordaba aquel humo, aquel lugar donde el fluido emanaría por primera vez, como los ciclos, algo que comenzaba a incubarse en la atmósfera. La ira de dios, la risa del erebo y el continuo desazón de mi latir. Ella, sentada observando a su alrededor, el gentío, las risas del lugar, la plática incongruente, el paraíso artificial del status. Queriendo aspirar su perfume sin poderlo retener, sólo

atrapaba el humo del cigarro concentrado en el lugar, soltaba la bocanada en el intento sin éxito, quería aspirarla a ella a distancia, pero me era imposible.

La gente se movía de un lugar a otro, las risas encantaban el lugar, y libaban los líquidos haciéndose notar, me dediqué a observarla. Sus ojos, la mirada de éstos, los movimientos de su boca, de sus manos y su caminar cuando se levantaba de la silla, ágil salía y entraba de la asfixiante mesa del bar, flor engarzada en tallos duros, portentosos, frasco de perfumes sin olor que me calcinaban el alma.

La música a volumen alto, era tarareada por su voz que me llegaba en espacios cortos y muertos, solamente con sus movimientos adivinaba la textura gutural que como rito pagano, alcanzaba a hechizarme con sus notas, escapadas de su garganta entre las sombras oscuras del lugar.

Calaba en mí el no poder escucharla. Todos se comenzaban a borrar como si no existieran, yo conspiraba contra mi razón. Ya amapola, córtame con tus alas negras, olvídate cielo, ya no puedo subir, estoy aquí enterrado, sobre la arena, junto a una caracola... escuchando el mar. Languidecía de sólo observarla, sus grandes ojos chocaron contra los míos y bajé la vista avergonzado, sentí como se daba cuenta que le hacía el amor mientras la observaba. Y al mismo tiempo una rabia proliferaba en mí, de que no se diera cuenta de cómo me violaba el silencio de su ausencia.

En un momento la tenía frente a mí, no sabía que decir, no sabía que hacer, fue ella la que apareció a mi lado,

sentándose. Comenzamos a platicar. Noté ese poder que no te deja ver el sol, ese aniquilamiento de la luz, la luz mortal, que se venía en mí, en recorrer de hormigas. Se abrió el mundo, el techo, su vientre, dejándome tembloroso, en un hemisferio perdido por la subyugación maldita, por la amapola, y el báquico despertar; en el jardín artificial de la obscuridad. El amor preconcebido daba a mi vida un color diferente, negro silencioso, rojo y un pequeño latir. Ya no estaría tan solo como los desiertos, ni como los muertos después de que se van los gusanos.

Su femenina ternura se renovaba a cada instante, en una magia que me desahuciaba de la manera más marginal y orgiástica a la vez. Era extraño, mis sentidos se sensibilizaban con su presencia. Aquéllos, los polos que ya me ataban a ella, la belleza no tanto exterior, si no aquella escondida que quería adivinar, pero me estaba vedada por una imagen de mentira improbable de ser descubierta, la mentira que te hace ver irreverente en el reflejo, como estrellas leídas al margen de los signos apocalípticos, de lo prohibido y dañino, inestructurable el no saber nada.

El ahora apocalipsis, poco a poco se convertía en el mejor paseo de mi vida, la mirada del ensueño, esa desviación que me entretenía entre su ombligo y el vientre, ese sentimiento que conmovía a los dos, pues adivinaba el mismo capricho en ella, ardiente en todo su filamento, en su jadear de espasmos; nacían vibraciones elementales que surcaban el espacio íntimo haciéndolas inmensas. Oí cantar el agua, escuché gritar al vacío, saboreé el orgasmo del ángel andrógino cayendo en mi boca, en gotas resbalando por mis comisuras.

Tomé sus manos acariciándole los nudillos y aun en medio de éstos, la piel frágil, devota de flagelaciones constantes. Las largas uñas, desposadas por unos dedos cónicos, que veía vacilantes acercarse a rasgarme, a destrozarme, abrirme el vientre, y encontrar la sangre que cubriría su cuerpo en baño lácteo, visceral centro del cuerpo, vigorosa vitalidad. Reencarnación de Periandro, tirano de Corinto. Llevaría en el camafeo una imagen de su feliz discípula.

Tomamos lo que queríamos, saliendo del lugar. Llegamos a su departamento, nos quitamos las ropas sucias. Sobre la silla de estofado antiguo, de colores verde ocre y rojo vino, dos grandes espejos a los lados de una cama, cubierta en telas negras muy suaves; el techo tan alto como para volar, pintado de azul. El piso de mármol negro y antiguas cortinas tintas lazadas hacia los lados sobre las paredes blancas. Levanté la vista, queriendo ver su glamorosa sonrisa, que atisbaba en brillos sedientos. Se acercó lentamente y sólo obtuve su tacto en mi mejilla, por un momento viajé a aquel altar místico donde las brujas hacían sus ritos, ¡jaquelarre! El vaho y la neblina llegaban a su oído. El máximo toque inmortal está en el sueño, y de los sueños se va el ser, llega y se hunde en precipicio de anhelada voz, que se yergue entre dientes, apuntando al centro del espacio, el carnal y bendito espacio, ojo de algún karma oral, augurio de catástrofe.

Subí por las desgarraduras del cielo, torturada ella, luz infinita, Ange Sansoleil en el sagrado lecho, desnudez de cuerpo al despojarse de sus ropas, melancolía reflejando el incorporar, el cielo se abría y el infierno montaba en

colérico corcel rompiéndolo todo. Nosotros en medio, aplastándonos contra el pantano de la inmisericordia del Dios ausente, *idílico idilio* desnudo de ocio, abominante y grotesco el embarrar de libido, la división profunda en ebrio y silente mirar de ausencia clara. El réptil de tu lengua paseó sobre mis texturas gustativas y un hedorcillo traspasó mis plegarias, y degusté de sus labios como recorri sus colmenas cargadas de miel lactea, sobre el zurco en su espalda me dormí hasta sus carnes más blandas, en el lejano pero quieto mar de indecencia, insanidad de dioses, su estremecer en el receptor, papílica mi inconsciencia caída junto con su ética somnolencia y el hedor puritano de su vasta crucifixión indolente a todo nuestro alrededor. Explotamos el hermetismo de nuestros cuerpos en el Argos antiguo, cielos sin ver, pechos sin lactar, miradas ciegas... lágrimas... sin... caer...

De la obscuridad brotó aquel hilo de sangre, la muerte al fin le cantó a mi corazón, mis pensamientos al fin se escondieron en la caja, y sólo oía el succionar de sus labios... en los míos. Mientras el hilo se agrandaba cada vez más, caricia sutil, hiriendo a la noche con el color, durmiendo al corazón y adonde vaya, yo sé que llegaré. Así sea al principio, a la expulsión del vientre materno. Y a un pie del abismo me quedé contemplándola en todo su esplendor... los finales por la espalda, al frente asomando entre las copas y el bordado... los pechos erguidos. El uno y el otro con los pezones azorados y rebosantes. ¡Qué ardan los que aman coloreando los labios con fuego del mal! Mensajeros carnales del huerto prohibido, arrojados por el placer divino.

Aún oscuro todo, ella se levantó del lecho y yo en mudo planeo a su alrededor, como dos lunas en eterno flirteo, en eterno ademán de construir un conjunto, las sombras se hacen una, eclipsándose; apareando la dicha que llevaría a la destrucción momentánea. Sacó sus formas de entre las mías, dejando rastros de un polvo ocre entre la tibia tundra. Abrió la puerta; como apareció... se esfumó. Yo sólo debía cerrar después de salir. Todo lo escrito aquí pasaba, nadie pareció oír mi grito, de todas las creencias yo era la más odiada, no había realidad. Ahí me quedé; no me movería, esperaría su regreso. Cada vez sollozaba más fuerte escuchando tomar el tiempo y los perros ladrar y después acompañarme en aquel presagio de ver mi destino caminar de lado, impávido sin dar instrucciones. Sólo mi cabeza repetía que siguiera a mi corazón, como a mi carcelero y propio ejecutor. Guerrero probando el sabor de la sangre y el lodo de las tierras bélicas, entre cuerpos caídos, entre carroña empalada, infectados de un negro augurio. Furioso iba por laberintos de artificios creados por desdén femenino, pero la tempestad salivaría que recordaba. Que las carnes se abrían en una cavernosa avenida sanguinolenta. De impotente deseo, por fin dormía. Que fuese mía... y saber que era de la obscuridad. Aquella atención ausente me rompería... pero me rompería en más.

De vuelta, después de lunas, rogué por su compañía y ella lloró, dándome la espalda me mató. Por última vez, diciendo que jamás podría besarme nuevamente, jamás posaría sus labios de nuevo sobre los míos, eso significaría mi muerte. Decidí que nada importaba, tendría que tenerla a mi lado, aunque sólo pudiera hacerle el amor sin tocar sus

labios. Cambiaría mis vicios por turbado amor. Era tumbar ídolos, pisar con todo, escupir sus senos, lamer la miel que se filtraba por su boca hasta la barbilla, acariciar las comisuras de sus labios con la punta de mi lengua, saborear mi saliva escurrida entre sus pequeños pezones, de su parte interior sentir temeroso las olas, percibirla en olor, dominar sus víceras, no sería ella la que me matara, sería su llaga la que me bendeciría con sangre y sémen maldito. Prolongué el apareamiento de mi universo prohibido, donde el mal es descoyuntado, inservible al ojo del Dios muerto y aún clavado. Del ángel sin sol, la sirena sin sal, los bostezos del creador y los susurros del mal, la situación que me complació al fin.

Simulacro silvestre, similar al espacio siguiente, tus entreplumas de perdón, tus caricias al oído, sistemática tu lujuria que empalaga y divaga, de tus tenebrosas entretelas, cojo con los párpados tus lunas abiertas. Alientos alucinantes rodean tu boca, aislado del cielo, como las conchas que chupan sal de la babosa, ceremonioso reptil y repetir de palabras. Vestimentas del baile de máscaras y el gran señor perdiendo palabras en orgiástica sed. Única tardanza, sin dudar, el de tu lecho, enemigo de mi almohada.

Era yo el que buscaba más sensaciones. Era ella la que me había enseñado. Enojada, comenzaron a volar objetos, a cerrarse puertas, aunque... ¿quién quería escapar? El frío se hacía mas denso, y sus ojos tenían un brillo torvo, una ira fecunda de saña, y ganas de aniquilar, amando y matando al mismo tiempo. Un miedo fue atrapado por un roce de labios, lo sentía, ahora era un ardor el que llenaba mi boca,

más no era mi sangre... era la sangre de ella la que llenaba mis entrañas. Calentándolas y al mismo tiempo cristalizándolas. Sus labios pasaron por mi oído, los chasquidos altamente decibelados surcaban el entorno. Mis labios estaban partidos, mis músculos se contraían recibiendo mil brotes de mandrágora, purificando mi dolor en sensaciones habituales, nuestros labios se rozaron imitando el sonido de dos sábanas, de escamas rozando la árida arena, secas las comisuras se quedaron, la cópula de dos insectos nocturnos, que se veían, pero no entendían; se juntaban escribiendo tiempo... embadurnando el polvo de las alas de la mariposa en mí. La poción, la rabia, y la espuma.

Doblándome de rodillas, entre los dos espejos que daban al ventanal... caí. La figura de Ange a mis espaldas observándome, con la ternura del verdugo que ejecuta a la persona equivocada, y una cálida corriente me inundó, dándome un poder jamás concebido, comencé a blasfemar, ya no quería Dios, no quería diablo, olvídenme demonios, silencio... calla. Yo Isolé Duciel no quería religión o arrepentimiento, ahora nada era nada, no valía la pena, ya no había fe, ni misericordia, por que sólo dolor causan. ¡Ya tengo inmortalidad! ¡Humano no lo soy más! Ange se acercó a mí, hincándose me abrazó de sus caderas y volteó a verla, posó su mano en mis cabellos y comencé a deshacerme entre sus muslos, resbalando por sus rodillas, hasta sus pies. Condenándome.

El poder fascinador de ella me atraía más, era una mezcla de prohibido y atracción. Delirante, el oscuro deseo de poseer, de acariciar. Probar su sangre otra vez en mi

boca, sediento de mi demonio femenino, el torbellino ya irremovible de mis pensamientos, frágil e inmutable como el fuego mismo, como aquel infierno de las pesadillas. Me ofreció sus pechos y a mordiscos temblaba, como ángel impotente, y los labios con amor, la sangre en el alma y mi gran temor como filigrana empotrándose en sus huecos, el oído ciego y la mirada dentro de la profundidad, el silencio de los palpitaes nos hundió aún más en el máximo precipicio hasta entonces encontrado por dos. La sangre que corre, que fascina, como la serpiente reptante, que recorre, como tu pubis se abre, que come.

Desafiábamos a la muerte, era un juego precoz y peligroso pero que a ninguno de los dos molestaba, al contrario, nos excitaba de una manera inigualable; el fluido pasaba a través de nuestras manos, nos alimentábamos de esa vitalidad que tiene cada ser, aquella profanación era lo que me hacía desearla, aquello oculto me ataba a ella y al mismo tiempo ya no quería huir, y sin embargo los sentimientos ya me eran invisibles, parecidos al cristal, ves todo solamente a través.

Cuando comenzaba su siesta, me acurrucaba a un lado de la cama, y la observaba por horas; mientras dormía, cada línea del rostro me recordaba viajes edípicos, en tanto la luz de una vela parpadeaba. Terminando en las piernas de mi madre, en alunados días de lluvia, bajo la poca luz que caía contra las paredes, entre la penumbra. Mientras veía su rostro, me preguntaba en quién estaría pensando. Tal vez yo sólo elucubraba de que ella lo estuviera haciendo en alguno de sus antiguos amantes. Unos celos cadenciosos

posesionaban mi mente de una atroz orgía medular, me daban ganas de matarla en ese mismo momento para que fuese sólo mía; quitándole la vida sería completamente mía, la ira se consumía al pensar en esto, y dejaba que mi mundo acariciara su respiración, sus facciones. Me perdía en el tiempo de admiración, y era como los niños que no pierden su capacidad para sorprenderse. Descubría nuevas líneas, juegos, ademanes... Deseando. Ella despertaba casi anocheciendo, abría los ojos y preguntaba. Yo sólo contestaba: que estaba ahí, velando, acariciando su sueño... Amándola.

El otro punto incongruente, ardiente y melancólico, éxtasis de tristeza hacerle el amor a tal fuente, ante la mirada cerrada, la piel ampollada por el sol y el vigor de las moscas rodeando la mancha bermellón en mi cuello... los sentidos llevados al paroxismo. La perversa voluptuosidad de destruir y ser destruidos. El gran objetivo de la vida es la sensación, dijo Lord Byron; sentir que existimos incluso a través del dolor, euforia fatalista del ser. Era una rebelión desbordante la incorrupción de la carne, que jamás se violaba, sino que se saboreaba placenteramente. Suprema crudeza en la inversión de mundos, los ángeles encadenados daban la vuelta hasta quedar dormidos. La vida eterna condenada al hedonismo de la sangre, mi saciedad de sueños y aún de los que no había soñado.

Toda ella era una poesía maldita, como maldito yo, como pesadilla, entregada a las fauces de Cerberus, yo el sucesor... Todo conduce a una autodestrucción. Lo sabía... lo eterno no sirve en el amor, sólo en el sueño interno, la muerte estaba ahí para unir la inmortalidad y el mortal candor de los dos.

El techo azul seguía arriba, igual. El olor de tabaco se había disipado, la sangre en las sábanas era cada vez más grande, comenzaba a enfriarse y Ange comenzaba a cerrar los ojos... Disparé.

Quedé ensartado en el colchón, expirando con borbotones de sangre en los pulmones, con el sabor dulce en la boca, con la sed del vino y el paraíso artificial de mi amapola. El sopor, igual al de Ange, que comienza a llevarme al sueño; en corceles que patean mi cabeza; el cielo se oscurece y unos ojos también, carbón encendido del cual sólo queda el calorillo y los dibujos en el agua, como flores muertas dispersándose en el pasto, milenios de misterio, que a los oídos llegan lacerando el espacio, centenares de susurros que te alejan de la costa, aquélla que pisabas firme, se abre bajo tus pies, y pierdes el equilibrio que te hunde en la nada preguntando aún. Sólo por preguntar. Y la naturaleza te dice, como las bestias, que pudimos ser dioses y decidimos morir como humanos.

Los primeros rayos del sol de madrugada comenzaron a entrar por la ventana, y los cuerpos se fueron calcinando, las cenizas a las cenizas, y el polvo al polvo. Y el cadáver de un cuerpo humano ensartado a una flecha levantada sobre su corazón, como las cruces, como las mariposas de colección. y en los sueños... Como los caracoles griegos. Y ella en la puerta entreabierta, parada, sin entender.

*A un sueño*

## SONIDO DE RELOJ

Hazel se despidió de su padre, el tren comenzaba a avanzar, de Vulcanoropa a Skene había siete horas de diferencia. Subió y se despidió con la mano por la ventanilla; ya en el vagón el tiempo se hacía largo, pensaba en mil cosas y al voltear a ver el reloj se daba cuenta de que solamente habían pasado escasos minutos. Por fin, después de admirar por horas el camino lleno de montañas, zonas áridas y árboles, un empleado anunció próxima la llegada. Tomó un taxi, que la llevo rumbo a la colina, hasta el chalet de campo que su padre acabara de comprar. Lo primero fue dejar las maletas sobre la cama y entrar presurosa a sentarse en el retrete, bajarse las panties, y escuchar el caer del líquido caliente dentro, mientras unas gotas le resbalaban hasta los gluteos. Buscó papel más no había y al jalar de la palanca, se dio cuenta de que no había agua, bajó la tapa del retrete y subió en él, para buscar en una alacena colocada arriba; metió la mano hasta el fondo tocando un libro, era un diario de pastas duras bastante viejo. Abrió entre sus páginas sin acotaciones, ni fechas y comenzó a leer.

*“Cambié demonios por palabras en unas hojas blancas, mi favorita inocencia, su esclavitud; vivir de mi respirar, esperando ensuciarse con la tinta de mis pensamientos.*

*Cuando le conocí a él hubo una exceciva combustión espontánea, el leve roce de sus manos exaltaba con su tacto todos (absolutos) mis sentidos, dejando que mi alma se ahogase con Delphinus. Bajo aquella agua, se sentía mejor, bajo la callada bóveda celeste, que dejaba ver sus fisuras resplandecientes, hoyos en su negrura total, que sólo me hacen pensar y convencerme una vez más, que nada es perfecto.”*

Hazel se pudo dar cuenta de que él lo era todo para ella, era la imperfección perfecta, el desorden ordenado, la más bella muestra de maldad, la muerte y el amor juntos, devorados el uno por el otro. *“Nunca esperes demasiado, pues alguno de los dos devora al otro sin saber cuándo o por qué”.*

Hazel comenzó a imaginar las palabras escritas: La luz del sol iluminaba con fuerza la almohada de algodón por la cual largos mechones de cabello lacio dorado enbadurnan la tela, cual pulpo de indefinido color se aferra a su arrecife de coral; lentamente, unos párpados se comienzan a abrir, dejando al descubierto unos ojos marrón inundados de espuma, de espuma tan blanca que daña de sensualidad el mediodía, esa piel de color tan apiñonado, sus pestañas como zarzamoras en verano, cayendo negras de maduras al suelo, sus labios se ponen máscaras haciéndose pasar por rojas estrellas de mar, su piel resbala por las sábanas, saliendo de lado, vistiéndose enseguida de ropajes comunes que en nada aunan la belleza de Deneb, posando sus pequeños pies desnudos sobre la alfombra, dirigiéndose hacia el cuarto contiguo donde trabajaba su esposo, *él era relojero y tenía un sueño, volar; volar tan alto para llegar a la constelación de Andromeda, como se llamó su madre;*

su realidad, la libertad, su sueño era el sueño de Deneb, y tal vez ese nombre significó algo en su fijación hacia ella, pues significaba Cisne la estrella Alfa en la constelación de Cygnus. Él, de origen Alemán, llevaba el nombre de una de las ochenta y ocho constelaciones astrales, Draco, el Dragón, y como tal animal con alas, solía ser normal aunque la anormalidad era algo ya normal en él.

Toda esta *bestial zoología animalística*, se desarrollaba en días enteros de trabajo en una extraña máquina de piel, madera y cuanto material liviano se pudiera probar en el jardín de su casa, por supuesto todo aquel material que un relojero del siglo XVIII pudiera reunir o encontrar y más aún siendo el mejor relojero de *Skene*. Había construido un reloj de sol grandísimo en el patio principal de su casa, construía otros mas pequeños que marcaban las fases lunares; Vivían cerca del mar, demasiado cerca, brutal y deliciosamente cerca. Draco invertía la mayor parte de su dinero y tiempo en ese artefacto volador. Noches a la luz de la luna y muchas velas de cebo, redibujando y rediseñando los planos de aquel proyecto que conociera Deneb por primera vez a los catorce años cuando Draco cumplía dieciseis; no había duda que era un genio de su tiempo, y los sueños en un genio, pensaba Deneb... Suelen hacerse realidad.

Durante la noche ella se preguntaba; *seré acaso yo su ansia de insaciado, despertaré algún día viendo en su mirada confortabilidad y pasividad, alivio o seguiré viendo esa amarga búsqueda de ensueños, llena de luz de alquimia, creado todo por este mago de sueños.*

Deneb encontró su sueño después de haberlo imaginado, su lenguaje de amor, el complemento a su frialdad, su amor, el dragón. Duraba semanas viendo a aquel genio humano que quería volar cual ave, veía al sol morir por su ventana y renacer de nuevo, una y otra vez, manchando sus cortinas de ámbar milenario y dando luz a ese lugar vacío en su cama. Deneb que parecía más bien sombra y pensaba sobre esa ancha cama, cada vez más en la soledad que como perro de presa no soltaba, y sostenía como maldición paranoica, pero al verle a él, al verle en sus sueños, originaba un mundo fantástico, el idilio entre los ojos de Draco y su abultada boca, una joya de pasión y lujuria, su lengua lánguida, sensual como su nombre lo decía: era la belleza de un cisne, puro, esbelto, grácil y bello, pero por las noches de ausencia, nadie ni nada le impedía soñar esa pasión por el sueño de sus sueños, sabía que ella era parte de algo en él, era la musa desde mucho tiempo atrás, sólo esperaba pacientemente a la luz de la luna, aluzando el azulado oca-so estelar sobre sus cabezas y las copas de los árboles, los destellos en el mar, la quietud congelante, casi amortizante el reflejo y las sombras de él acercándose a las sábanas.

Una noche buscaba afanosamente a Draco, pues no estaba en el taller, buscó en todas partes: el estudio, la cocina, las recamaras; por fin lo encontró en uno de los cuartos de baño; atemorizado, en ropa interior, como un niño asustado en una esquina que se estaba llendo fuera de la realidad, por la ventana con su mirar, observando el cielo estrellado, sudando frío, embelesado, los ojos a punto de llorar; viéndole, comenzó a escuchar una maquinaria de reloj, ruido sordo y continuo, era la maquinaria de su corazón que inun-

daba el cuarto, mientras perpleja sin atreverse a acercarse veía como desesperadamente se abrazaba él mismo, como si fuera a despedazarse o derrumbarse como montaña que se le desmoronan las piedras, mientras ese sonido de reloj se acrecentaba. *Sonido, bálsamo del tiempo en total armonía con el pasado, presente y futuro, los segundos iguales a los minutos, los minutos iguales a las horas, haciendo días, haciendo años, creando siglos, olvidando milenios, creando acertijos y misterios, el tiempo, sonido de reloj.*

Draco volteó con una mirada de auxilio hacia ella, como esperando que sus brazos le sirvieran de sostén, pues parecía como si estuviera a punto de lanzarse desde una plataforma al mar y destrozarse entre las piedras, lo miró sin saber qué hacer mientras se encerraba momento a momento junto con esos sonidos, con esa mirada subyugante de infinita soledad, con todo aquello que le atormentaba y el pánico por aquella escena tan irreal, ella sólo sabía que le necesitaban, se arrodilló a su lado, dio media vuelta tapándolo con su espalda desnuda, cayó una mano en su pecho y todo aquel miedo y terror se desvaneció junto con el canto de los grillos, una noche más, juntando el sonido de sus corazones.

Cassiel, la sirvienta, era de la India y entonaba sus cánticos todo el día por ordenes de Draco a quien la música lo complementaba en el trabajo, Deneb decidió aprender a tocar el piano, para al menos así estar junto a él, en sus oídos. El tiempo corrió, veintiocho equinoccios de primavera se pasaron, y muchas vueltas de reloj. Los besos eran pocos y a veces muchos, pero el amor seguía intacto, casi

teléptico, sordo e inaudible, invisible, pero nunca dejaría de ser enigmático, puro y hasta cierto punto platónico. Deneb seguía aguardando sobre las aguas de la paciencia, estática, trémula, como bella estatua, como bella caja de pandora, que guarda sus secretos profundamente. Poseidón la asistía en sus baños de agua de mar, Zeus en el cielo con su lluvia y truenos que la arrullaban y el viento que guardaba susurros en la caja mortuoria del olvido; *el día en que, querer para soñar o soñar para querer...había llegado.*

La besó y durmieron a medias, pues *de noche los dioses visitan las mentes de las criaturas terrenales, los Homo Humanus que oyen las voces de la luz con más claridad*, de noche, creando una canción, un proyecto, una idea, un ideal, un sueño. Junto con el renacimiento del sol, el dolor de nacer sólo se siente al morir, la devastada aurora lo sabe y el rojo nacimiento del sol rasguña la piel de Draco y Deneb frente a la máquina voladora, grande y voluptuosa, celosamente guardada en el granero. Draco se alista para el bizarro riel de la incertidumbre, esa bruma tentadora del fracaso alrededor de su aparato lo hacía dudar, lo hacía pensar en dejar todo, guardar el aparato, pues era mejor desear algo que no desear nada después de obtenerlo, Deneb pensaba mientras cosía el traje de plumas de gallina y quetzal para el viaje, que si la tristeza tuviera un color, *sería como el azul del mar*; terminado el traje, ayudó a vestirlo, llevaron la máquina hasta el arrecif; antes de tirarse, se despidió con un beso en la mejilla, y le dijo: *si me apresuro, sera por ti. La máquina comenzó el vuelo.* Se adentraba Draco al sueño de su inconsciente que le mandaba al consciente realizarlo, y estando en el aire se sintió omnisciente, escuchando

una pequeña voz que le decía: bienvenido al borde, los que vamos a morir te saludamos. Más no le importó continuar pedaleando el artefacto que funcionaba a la perfección, *su sueño se había cumplido...* pero los sueños terminan.

Los dos esperaban este momento, eran uno, eran parte del cosmos, sólo la sirvienta fue testigo ocular desde una de las ventanas de la casa, cuando el aparato cayó del arrecife y alado rozaba el mar, vio aquel coágulo fatuo de sangre en la garganta de los dos; el sabio aletear comenzó y el sueño fue cumplido. Un alúd de caricias en el corazón de ambos acercaban la distancia, *las plumas del ropaje se iban desprendiendo, dejando un hilo blanco de suaves plumas flotando a la deriva del sueño y el viento, dejando una cortina de plumas en su trayecto*, Deneb lo vio perderse en la lejanía y esperó. Después, pasado un tiempo cayó de rodillas al no verlo de regreso, aquel amor incompartido, amor frustrado, tal vez si él la hubiera llevado con él a sus tinieblas, a su oscura tentación si la hubiera bendecido con su sueño insaciable, sin embargo nunca se arriesgó a ser parte de la realidad, que se forma sobre irrealidades; se dobló ebria de amor, esperando el regreso, pues de eso... nunca se había hablado.

Dejando manchado el cielo de sus ensueños, como copos de nieve las plumas del traje aún flotaban en el cielo, semejando un cuadro surrealista, o el misterio perdido, la invisible risa de los riscos, el llanto de los delfines, y el rechinado de los lobos a media luna; calleron lentamente unas cuantas plumas sobre el rostro de Deneb, acariciando las curvas prominentes de la cara, esperando pacientemente el retorno de su esposo hasta la caída del sol, y esperando hasta

la resurrección de tal, *ahora el sol rasguña las cornisas de mis ojos, las largas cortinas que son mis pestañas, que se quieren cerrar de cansancio*, como el aire acaricia su soledad, esa vana tentación de quedarse ahí clavada esperando su regreso. Como el vapor del agua que sube por ese risco y susurra a sus labios, la sal del agua de mar, tan húmedo y delicioso sabor de soledad, tan amargo ese viento, tan amargo ese sabor, con cuanto gozo paladeó esa esencia de amargura, pasó el sonido del reloj, llegaron sesenta equinoccios de invierno, la locura comenzó a minar todo su ser, el amor hinchó toda su alma y su corazón, amante de la muerte y el amor, hasta hacerla reventar en lava caliente, secándose sus cenizas se dispersarán por todo el mundo buscando su Dragón perdido, su mago volador y cuando supo que ella pudo volar, fue a buscarlo entre las estrellas, llorando su soledad.

Era tan patética y trágica la relación, que parecía increíble ese conjunto de calor y frío, sin hacerle sufrir cambios el uno al otro, esa máquina de amor de una ingenuidad tan estúpida, una tragicomedia griega, era incomprensible e injustificable, pero lo único que unía eso, tal vez, *era la magia, que no se puede tocar, sólo se ve, se palpa y casi se puede oler; sólo viviéndola y practicándola se hace una real irrealdad, pero para que preguntar lo que puedes sentir sin comprenderlo, para qué cuestionar las emociones de tu diafano ser cuando vives con...magia*. Hazel arrancó una hoja y ésta sucia se fue por el retrete.

*Final de tiempo; pues nada dura más...que el instante, el mismo momento.*

*Deneb.*



